

# LOS CRISTIANOS

El Congreso Católico celebrado en Barquisimeto escuchó con atención las polémicas conclusiones de la Comisión Política. Sin embargo, no han llegado al público en su totalidad. Por esta razón, nos parece conveniente publicarla.

No obstante, el carácter necesariamente escueto de unas conclusiones necesita ser interpretado. Y sus mejores intérpretes son quienes colaboraron en las deliberaciones. Con esta intención, nos acercamos a tres miembros de la mesa política. José Humberto Chacón trabaja en una compañía petrolera de Maracaibo. Angel Lombardi dicta las materias de Desarrollo Social e Historia Contemporánea en el Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Zulia. Lilia de Lombardi es profesora de Literatura Contemporánea en la misma Universidad. Los tres quisieron conversar con SIC. Aquí están sus respuestas.

—¿Por qué han venido ustedes al Congreso de Barquisimeto?

CH.—Como cristianos convencidos de la necesidad de llevar el mensaje evangélico a la inmensa mayoría del pueblo marginado y como una respuesta a las exigencias que Cristo me hace en el Evangelio, veía con mucho interés el participar en este Congreso para estudiar y buscar las posibles soluciones al desarrollo integral del hombre.

AL.—A mí se me llamó en calidad de experto, cosa que me hizo mucha gracia. No pertenezco a ningún movimiento religioso; soy católico practicante. Me plantearon la problemática del Congreso: el compromiso como cristiano ante una situación injusta. Se me encomendó coordinar el Comité Organizador de Maracaibo, donde nosotros quisimos hacer una experiencia de participación con plena libertad. Salí delegado por la base de la mesa de Comisión Política y estoy aquí, en Barquisimeto, participando en la misma mesa.

LL.—Estuve junto a mi esposo en el Comité central organizador y participé porque me angustiaba la situación en que vive la mayor parte de la sociedad de Maracaibo. Soy consciente de que todos debemos actuar de una manera decisiva y en la medida de nuestras posibilidades. Pensé que podíamos dar un aporte efectivo en esa transformación que es tan urgente para Venezuela. Por esta razón he venido, pensando que algunas de mis inquietudes, de mis ideas, de mis experiencias, podrán enriquecer las conclusiones a las que se llegue en este Congreso.

—El Congreso, durante todo el primer día, dio la impresión de que se estaba moviendo en una gran tensión que no lograba expresarse, pero que se encontraba latente. ¿Les parece objetiva esta impresión y cómo se la explican?

CH.—El instructivo que se envió a las diócesis para la organización diocesana se envió con suficiente tiempo para que las diócesis promovieran grupos de reflexión de los movimientos de apostolado seglar y los grupos espontáneos que así lo quisieran.

—¿Quiénes exactamente eran los encargados de promover esos grupos de reflexión?

CH.—Los Obispos en cada diócesis nombraron un equipo de seglares que se encargaron de la organización. En algunas diócesis se comenzó demasiado tarde y se intentó llamar solamente a los dirigentes de los movimientos de apostolado seglar. Sin embargo, en algunas diócesis se vio que estos dirigentes parecía maniobraban para no abrir las compuertas y cumplir así con el instructivo original que admitía los movimientos organizados y los grupos espontáneos.

—En la organización diocesana se pueden percibir como dos estilos. Uno de ellos sería mucho más espontáneo, admite las organizaciones de base, en cierto sentido es más liberal. El otro se apoya más bien en las organizaciones oficiales eclesiológicas que quizás en algunos casos hasta tienen consignas jerárquicas. ¿En cuál de los dos casos estaría Maracaibo?

AL.—Creo que estaría indiscutiblemente en el primer caso. Estos Congresos diocesanos se sugería que estuviesen organizados en función de los movimientos de apostolado y que cada tema estuviera preparado y discutido por estos movimientos. En Maracaibo, el Obispo intentó durante un año poner a funcionar el Congreso diocesano y eso fue un fracaso total. Precisamente, faltando escasos dos meses para este evento de Barquisimeto, fuimos llamados un grupo de personas que no teníamos ningún compromiso ni actividad en ningún movimiento y se nos dio la oportunidad de echar adelante un Congreso que consideramos muy positivo. Hubo una participación de unas 200 personas en un trabajo de seminario y de plenaria efectivos, donde se dio cauce libre a todas las inquietudes y a todas las ideas.

—¿Por qué creen ustedes que fallaron las organizaciones católicas oficiales en el caso concreto de Maracaibo?

CH.—Es un hecho claro que el cristianismo dinámico está más que todo en las clases de abajo, en los movimientos espontáneos que están trabajando un poco al margen de la Jerarquía eclesiológica. Vistas las dos mentalidades que se encuentran actualmente dentro de la Iglesia, vemos que todos los movimientos de apostolado seglar están en manos de dirigentes que están más o menos dentro de la corriente tradicionalista. Estos han contribuido a esta Iglesia estática. En la otra corriente estamos los que consideramos que debemos llevar un cristianismo más auténtico, más dinámico. Como los movimientos de apostolado seglar están en sus manos, tratan de vernos a los que trabajamos en la línea renovadora como contrarios a la Iglesia o a la Jerarquía. Quizás hubo miedo de que los grupos espontáneos participasen, por temor a escuchar las realidades o a enfrentarse con la verdad.

# ANTE LA POLITICA

R. H.-V.

—*Esto que ustedes han notado en Maracaibo, como una especie de Iglesia oficial y una Iglesia espontánea, ¿lo han notado también aquí, en el Congreso Nacional?*

AL.—Yo diría que, por ser Nacional, de una manera mucho más acentuada. Pareciera ser que hubiera una tendencia oficial de mantener las formas, mantener ciertos principios y ciertos intereses. Por otro lado, hay una inquietud y al mismo tiempo una urgencia de una opción mucho más radical, mucho más consecuente y mucho más comprometida. Al principio del Congreso se notaba como una realidad y una formalidad que pugnaban: una, por manifestarse, y la otra, por reprimir. Esta situación se superó después del primer día, porque realmente la realidad que trataba de salir era avasalladora. Con excepción de Familia y Educación —ésta es opinión mía muy particular— en todas las mesas, de una manera muy espontánea, han ido surgiendo ideas muy interesantes y al mismo tiempo compromisos por parte de personas que son muy conscientes de la problemática que viven. El Congreso tenía que irse por este camino porque era algo que no podía detener nadie, ni siquiera los reglamentos ni la Comisión organizadora, como lo intentó repetidas veces. Confiamos que el Congreso pueda ser positivo en cuanto está prevaleciendo esta inquietud, este nuevo cristiano, esta nueva concepción del país y de América Latina.

LL.—Quería destacar que hemos visto que no somos un grupo aislado de Maracaibo los que vivimos esta inquietud de una Iglesia más de acuerdo con los tiempos, más revolucionaria, de mayor participación activa en los problemas del país. Nos hemos visto identificados con una cantidad inmensa de personas, incluso de bastantes religiosos, que están profundamente motivados por los mismos ideales. Yo pienso que esto es muy importante porque esto va a generar un vasto movimiento que efectivamente va a garantizar ese desarrollo y ese cambio que tanto necesitamos.

—*¿Para usted fue una sorpresa que esto existiese en Venezuela?*

LL.—Yo pensaba que estábamos muy tímidos todavía, en comparación, por ejemplo, con Brasil, donde ya es un movimiento tan general y tan amplio. Pero me encuentro que hay grupos en Caracas, en Barquisimeto, en Maracay... Los únicos que están formando un bloque fuerte son la Jerarquía en sus más altos niveles. Toda la base está hermanada por los mismos sentimientos y los mismos ideales. A la larga, los Obispos tendrán que reaccionar.

AL.—Yo diferenciaría tres elementos concretos, simplificando mucho: una Jerarquía, un catolicismo oficial (la mayoría de las personas que viven un catolicismo hueco y formal) y, por otro lado, nosotros, que, aunque somos más de lo que pensábamos, realmente seguimos constituyendo una minoría, una especie de fermento. Es preciso incorporar todavía muchos sectores del catolicismo sin renunciar a la misma Jerarquía. En Brasil se ha visto que mucha de su efectividad fue dada por

iniciativa de la Jerarquía, concretamente de Helder Cámara. Nosotros creemos que en Venezuela debe profundizarse y ampliarse la participación para crear un clima que permita formar un movimiento de vastas consecuencias.

—*Vamos a referirnos más directamente al tema político. Ayer por la noche, cuando el Congreso, a nuestro modo de ver, comenzó a despertar, recogí la impresión de que las conclusiones que más habían interesado eran las de Política y Teología. Dos mundos, al parecer, tan distantes como son el mundo teológico y el mundo político. A ustedes, como participantes de la mesa política, ¿qué aspectos de las conclusiones les parecen más importantes?*

AL.—Nosotros destacamos la importancia de la política en el sentido de que va a coadyuvar a la planificación, coordinación y organización de todas estas inquietudes para poder operar sobre la realidad. La política tiene esa importancia. Existe una clara correspondencia: la dependencia, la dualidad y la injusticia que se manifiestan en el sector social y económico, se manifiesta en la situación de desequilibrio, injusticia y no participación en el sector político. Considerábamos que Latinoamérica ha vivido de una manera formal el concepto de democracia y que históricamente lo ha desmentido a través de los diferentes tipos de gobierno, que casi siempre se han caracterizado por su condición de oligárquicos o caudillistas. La democracia venezolana actual es puramente formal, es decir, se permite el juego de la existencia de poderes reales que nosotros consideramos son las compañías extranjeras, oligarquía económica interna, casta militar y otros sectores. Propugnamos un sistema democrático que fundamente la participación real y la representatividad, inspirados en la Doctrina Social de la Iglesia, y lograda mediante organismos de base y grupos intermedios.

—*En las conclusiones que ayer se leyeron en el Congreso, unas ponían de relieve el aspecto trascendente del cristianismo y otras Comisiones (la de Teología, por ejemplo, fue quizás la menos trascendente en el buen sentido de la palabra, pues llegó a decir que la verdadera humanización es ya el comienzo de una auténtica evangelización) insistieron en su aspecto temporal. ¿Cuál es, pues, la misión del cristiano? El cristiano ¿es un hombre que va a conducir a los demás hombres, sus hermanos, hacia una meta trascendente? ¿O va*

*a intentar establecer, juntamente con los demás hombres, un orden justo y humano en esta sociedad? ¿O el cristiano es un hombre que, por medio de la vida política, de las instituciones ya existentes o de la creación de un orden nuevo, va a colaborar —aun con los no cristianos— en la construcción de la ciudad terrena? Ustedes, como cristianos comprometidos, ¿qué creen que tienen que ver con el mundo de la política?*

AL.—Hay una íntima conexión entre las conclusiones de Teología y las de Política. El cristiano tiene una opción que le compromete con su realidad, si se interpretan los signos de los tiempos como una liberación permanente. Creo que Teilhard y Mounier han dado la versión actual de esta problemática. La misión del hombre sería hacer digno este mundo de todo el hombre y de todos los hombres, para que este mundo sea digno de Dios. Actualmente, como señala el P. Lebreton, está planteado el problema del paso de una fase menos humana a una fase más humana.

LL.—Las tres opciones presentadas son perfectamente compatibles. El cristiano es una persona que lógicamente busca una trascendencia que implica un compromiso en esa lucha de transformación a la que aspiramos.

*—Ayer, a las seis de la tarde, mientras aquí celebrábamos nuestras sesiones, en la Plaza de la Estación de Barquisimeto se presentaba Teodoro Petkoff. Si él hubiera llegado al Congreso, creo que nos hubiéramos entendido. Pero la pregunta es esta: ¿somos los mismos o somos diferentes? Y ¿en qué consisten las diferencias, si es que existe alguna?*

AL.—Creo que el diálogo debe ser en la acción; más tarde se puede complementar. He leído los libros de Petkoff, me identifico en muchos de los planteamientos que él hace. No podemos, desde un punto de vista científico, renunciar a la metodología marxista para entender una parte importante de la realidad. En este sentido coincidimos, nos encontramos, nos necesitamos. Ahora bien, nosotros, como cristianos, tenemos una serie de valores trascendentes y tendemos hacia ellos. Nuestra realización humana conlleva una realización trascendente. Estos son los valores diferenciadores. Es confortante saber que uno tiene que trabajar para que el hombre supere sus limitaciones humanas, terrenales. Esto a mí me insufla una mística y una fe especial.

CH.—A mi modo de ver, el grupo Petkoff se ha liberado también de un dogmatismo. Ellos aceptan que el ateísmo marxista debe hoy desaparecer. Ellos, a mi manera de entender, plantearon el marxismo ateo más por una conveniencia que por una convicción. Cuando la Iglesia estuvo dormida y era la religión "el opio del pueblo", no consideraron que los cristianos pudiesen colaborar en la solución de los problemas de la humanidad. Pero ven ahora que hay una nueva vivencia cristiana que lucha por la liberación del pueblo y que no necesita de las ideas marxistas para ser revolucionaria. El mismo Cristo inspira en su doctrina la necesidad de que seamos revolucionarios. Nos podremos identificar con los marxistas para estar luchando al lado del pueblo y para ser la respuesta a sus necesidades.

AL.—Otra diferencia que yo noto es que el cristianismo tiene una vigencia, una permanencia hasta el fin de los tiempos. Por su condición divina, tiene la capacidad de dar una respuesta adecuada a cada tiempo nuevo. El marxismo es un movimiento

que respeta, ha contribuido al humanismo, pero es una respuesta histórica, limitada por el tiempo. Ya está siendo superado como respuesta, dada la realidad tecnológica de hoy. No sólo como respuesta única, sino también como respuesta válida. Para mí, llegará un momento en que el marxismo habrá sido una doctrina más en la evolución de los tiempos.

*—Volvamos al tema político. Se ha hecho aquí una dura crítica a la democracia formal. Sin embargo, los cristianos tenemos que optar, vemos la necesidad de construir, juntamente con los demás, un mundo político diferente. ¿Crearíamos una neo-democracia cristiana, un partido político diferente de los que existen o nuestra forma de volcar nuestras inquietudes políticas no se va a realizar en forma de partido? ¿Qué sería entonces de nuestro compromiso político?*

LL.—Para hacer una transformación radical tiene que haber una organización. Un partido político es básico. Posiblemente surgirá un partido que aglutine a todas estas personas con esas inquietudes. El sistema hacia el cual se tiende, sin temor al término, es un socialismo. Un socialismo que implica una comunidad verdadera donde todos participen y donde todos aspiren a tener los derechos que lógicamente les corresponden.

AL.—En cualquier buen diccionario hay hasta 82 acepciones diferentes del término socialismo. Actualmente hay más de 27 experiencias concretas bajo el rubro de socialismo. El problema no es la creación de un partido o de qué tipo de partido. El hombre se organiza en sociedad por una necesidad, tiende a su realización a través de instituciones, leyes y estructuras. La política es la actividad dinámica que va a interpretar esas instituciones y va a permitir la realización del hombre. Pareciera ser que el hombre se encuentra en una crisis de creatividad en cuanto a instituciones y estructuras políticas. La realidad parece que supera la imaginación del hombre. En el Mayo francés había una frase muy interesante que decía: "La imaginación al poder." Expresaba la necesidad sentida desde abajo de que el poder no muestra imaginación para transformarse e interpretar las nuevas realidades. No sé qué vamos a ser nosotros: un partido, un movimiento, un grupo, una acción. Pero sí ciertamente nos debemos esforzar en buscar fórmulas que permitan el acceso al poder, de forma directa o indirecta, para que todos participen en la toma de decisiones.

LL.—Yo pienso en algo práctico. Aunque trabajemos en comités de base, aunque hagamos muchas cosas a nivel de diócesis, con eso no vamos a cambiar las estructuras existentes. Con la gente que tenemos ahora en los partidos políticos, nada, no se puede contar. Por tanto, tiene que surgir un partido que aglutine nuevas mentalidades, nuevas conciencias, nuevos cristianos: un nuevo partido cristiano.

AL.—Yo particularmente, con la experiencia venezolana, me he curado un poco del concepto "partido", en el sentido de exclusivismo y sectarismo. Sustituye el bien de todos por un bien particular o de grupo. Me siento incapaz de definir lo que pudiéramos hacer y lo que vamos a hacer. Creo en la necesidad de un vasto movimiento que recoja las inquietudes y aspiraciones de todos y que se convierta en un poder para actuar sobre el poder en la transformación de la realidad.

CH.—Creo que todavía no está planteada la organización de un partido político. Por intentar tomar el poder podríamos correr el riesgo de perder lo más importante, es decir, llevar el mensaje evangélico de liberación al pueblo. Cuando haya suficiente número de personas concientizadas, podríamos comenzar a pensar en la forma de organización política.

—Si me permite cambiar un poco la consigna de la Revolución de Mayo, tendríamos que decir: "La liberación al poder." Pero la liberación no pretende subir al poder. Aquí está la gran contradicción: ¿Cómo se puede realizar la liberación si de alguna forma no sube al poder? Y, por otra parte, ¿dónde están esas chispas de imaginación hoy en Venezuela para que el mensaje de liberación se haga encarnación nacional?

AL.—No puede haber desarrollo real sin un presupuesto básico, es decir, una conciencia de la mayoría, una especie de clima psico-sociológico en donde se estén dando nuevos valores y se estén cocinando las nuevas instituciones que van a interpretar ese paso hacia adelante que tiene planteado el hombre. Una tarea fundamental, en la que también puede participar este Congreso, es crear una nueva mentalidad en la que se cuestionen muchos pretendidos valores, muchas cosas seguras y fijadas. A partir de esa ruptura, seguir creando nuevas actitudes y nuevos valores.

—En el Congreso hemos sido muy agudos en ver y en juzgar. Pero cuando llega la hora de actuar nos encontramos aparentemente ante un callejón sin salida. Somos muy sagaces en detectar las quiebras históricas y los vicios del sistema. Cuando llega la hora de la creación de nuevos modelos, incluido el político, nuestra imaginación es insuficiente. Y no solamente la complejidad y la totalidad del futuro, sino aun sus líneas más elementales. Ustedes, sin duda, han pensado en esto, como miembros de la mesa política. ¿Cuáles son las líneas fundamentales del nuevo modelo?

AL.—No podemos esperar la persona que piense, imagine o inicie la ruta. Es una obligación de todos y creo que estamos en la capacidad de hacerlo. Nosotros vamos a llevar una proposición a la Asamblea para que se realice un Congreso en el que se va a evaluar todas estas ideas que aquí han surgido y que preexistían en las diversas localidades. De esta manera, con la clarificación de objetivos, se podrá formar un gran movimiento que coordine y organice nuestras inquietudes.

—De puertas adentro, el Congreso parece algo importante. Pero la gran duda que nos asalta es la siguiente: ¿Qué es nuestro Congreso en Venezuela? ¿Qué ha supuesto este acontecimiento? ¿Quiénes somos, qué vamos a hacer? Para acabar esta entrevista, ¿cuál es para ustedes la esperanza de este Congreso?

AL.—Para mí, que esta minoría se convierta en mayoría.

LL.—Este Congreso es una esperanza y un punto de partida.

CH.—Para los que estamos comprometidos y definidos, las conclusiones del Congreso no van a ser superiores a los documentos del Vaticano II y a los de Medellín. Para los que no están ni definidos ni comprometidos, con conclusiones o sin ellas, no irán a hacer nada. Yo veo la esperanza en los grupos espontáneos, no veo esperanza en los grupos que han mantenido y han estado dirigiendo la Iglesia. De este Congreso puede salir algo que sea verdaderamente respuesta para ese hombre que espera su liberación.

## El Congreso católico cuestiona el sistema educativo

El Congreso, en varias de sus Comisiones, puso en el banquillo al sistema educativo venezolano. Lo hizo a veces de forma tímida, con palabras inseguras; volvió sobre el tema, en ocasiones esporádicas, con energía y serenidad. Es sintomático que el Seminario de Educación no adoptase una línea más precisa. ¿Faltan en Venezuela filósofos y sociólogos de la educación? ¿Necesitaremos importar menos patentes y más cerebros? ¿O existe un pensamiento de catacumba que no ha podido o no ha querido surgir por inhibición o por temor?

★ ★

"La instrucción es integradora, la educación debe ser transformadora." ¿Nos atreveremos a escrutar sin prejuicios la permanente insatisfacción de los Liceos? "La instrucción invita a la democracia, la educación prepara para la libertad." Pero ¿puede darse la democracia sin libertad? "La instrucción incorpora al alumno al orden establecido, la educación intenta crear un nuevo orden." Pero el orden establecido, con sus atractivos y hermosuras, es preferible a la diaria tarea de correr un riesgo.

★ ★

"Se recomienda apoyar la reforma de la Ley de Educación, en el entendido de que bien el Ministerio de Educación o bien el Congreso de la República deberán realizar una amplia consulta nacional entre todos los sectores interesados." Ya vamos comenzando a pensar que sin participación no se puede renovar la educación. Esta será buena ocasión para reclamar "los derechos que corresponden en materia educativa a la Iglesia, a los padres de familia, a los educadores y a los educandos." ¿Tiene la Iglesia realmente derechos o más bien la obligación de reivindicar el cumplimiento de la justicia? ¿No hemos sido los cristianos débiles y sumisos en defender los derechos de los padres de familia, de los educadores y educandos?

★ ★

También el Congreso insiste en "el establecimiento de grupos de reflexión cristiana como una ayuda necesaria para la educación integral." ¿No será éste el camino de una verdadera transformación educativa? Y se recuerda también la necesidad de "la participación crítica, activa y creativa del educando". Lástima que las recomendaciones de un Congreso puedan quedar olvidadas; y esto ha ocurrido tantas veces que nos asalta la sospecha de que pueda repetirse en el caso de Barquisimeto.